

DEL AMBIENTE PROTEGIDO A LA CULTURA AMBIENTAL

*William Marulanda Hernández
Carlos Manuel Luna Maldonado*

SÍNTESIS

Con el presente artículo se pretende dejar la inquietud en el lector, en cuanto a nuestra actitud pasiva, y consecuentemente nociva, frente a nuestro mundo. Es una invitación a pasar de una visión reduccionista a una visión holística del ambiente. De las luchas ecologistas de protección del ambiente natural, a una cultura alternativa de comprensión de la complejidad ambiental. Una cultura basada en una ética que concibe a la vida como una trama, hecha de relaciones, de diversidad, de espíritu solidario y por lo tanto una cultura responsable y fundamentalmente respetuosa.

Descriptor: Ambiente; Desarrollo; Desarrollo sustentable.

ABSTRACTS

With this article, we pretend to disquiet the reader about our passive attitude, and consequently noxious, regarding our world. This is an invitation to pass from a reductionist vision to the whole picture of the environment. From the ecologist's protection struggles for the natural environment to a comprehensive cultural alternative of the complexity of the environment. A culture based on an ethic that conceives life as a frame made up from relations, from diversity and solidarity and therefore from a responsible and basically respectful culture

Descriptors: Environment, Development, Sustainable development.

Generalmente, el ambiente aparece definido de dos maneras: como una noción sumamente abstracta o, por el contrario, excesivamente concreta. De esta manera, cuando decimos “ambiente”, pareciera ser que nos referimos a un modelo teórico (algo muy abstracto) o a lo que nos rodea inmediatamente (algo muy concreto).

Cuando se habla de ambiente, se habla de la vida que nos merecemos, no se habla de salvar sólo osos de anteojos – aunque sea importantísimo -, o por la no contaminación – aunque sea necesaria -; se habla del bienestar de una sociedad, de una cultura que crezca en el respeto, de una buena calidad

de vida para todos los integrantes de la realidad: los factores bióticos, abióticos, históricos, culturales.

Cuando se habla de ambiente se habla de asumir que todos los factores de la realidad están en profunda interrelación, y que esa interrelación da como resultado un mal ambiente de vida o un buen ambiente de vida. Y allí se juega la suerte de nuestra vida cotidiana, y también la suerte de nuestra sociedad.

Cuando se habla de ambiente se habla del ambiente cuando llueve, del ambiente cuando se inunda, del am-



biente de nuestros niños, del ambiente de trabajo, del ambiente cuando se contamina. Pero el ambiente no siempre ha sido el mismo, por el contrario, a través de su historia ha sido influenciado por la evolución constante de la humanidad, sus organizaciones sociales y su economía, lo cual ha obligado a un permanente cambio en las teorías y en las prácticas de acuerdo al momento histórico en el que éstas se desarrollan.

Vivimos tiempos de crisis ambiental, hay una crisis de valores, una crisis del sentido de la cultura, una crisis del entorno, una crisis en el sentido de la sociedad. Privilegiamos un sistema económico que trabaja para poner “el orden de caja” y la estabilidad, aunque aumente la pobreza y el desempleo. Privilegiamos la seguridad individual en lugar de la solidaridad; el crecimiento económico de bienes que se pueden comprar a plazos, en lugar de la satisfacción de un crecimiento en la educación, la interrelación social y las posibilidades de acceso al conocimiento. Se habla de un mundo abstracto, “globalizado”, que nos exige de una solidaria acción en los mundos que nos son más próximos.



Esta crisis del ambiente está condicionada por las diferentes relaciones complejas del ecosistema, los individuos y la cultura que se pueden entender al menos en tres direcciones:

La primera relación se da por las características que el medio le concede al individuo y a la cultura, es decir, cada ecosistema en el que se asienta una comunidad tiene sus atributos propios de clima, morfología, paisaje y oferta de recursos; estas particularidades de los ecosistemas condicionan las características de la población que allí se establece, de tal manera que en la porción continental del planeta se encuentran un sinnúmero de diferencias otorgadas por el ecosistema a la cultura como los hábitos alimenticios, las dinámicas económicas, las manifestaciones musicales, que unido a otras culturas a su vez influenciadas por su ecosistema y a la información genética (ocasionada también por influencia del ecosistema), producen cambios en las personas hasta en su forma de caminar, de hablar e incluso en el significado de algunas palabras y gestos.

El sistema cultural no puede construirse sino transformando el ecosistema. Así, la segunda relación se manifiesta cuando determinada cultura, en busca de su desarrollo – en la mayoría de los casos descontrolado –, modifica el paisaje y altera los intercambios naturales de información, materia y energía del ecosistema. Estas variaciones que la cultura genera en el ecosistema son consideradas “impactos”, y estos impactos pueden ser o no favorables para el entorno.

Como resultado de lo anterior, surge la tercera relación cuando el ecosistema transformado responde al sistema cultural¹, en algunos casos de manera catastrófica para este último. Los griegos lo llamaban “Némesis”², con este término significaban la “venganza de la tierra”.

*“La crisis ambiental moderna no significa otra cosa que las señales de la naturaleza para el logro de una cultura adaptativa».*³

Estas relaciones aquí mencionadas nos acercan a un mundo concreto, es decir a un mundo donde hay identidad. Y sin identidad – característica propia de un mundo virtualizado – la sociedad perdería su esencia y se convertiría en sólo una irresponsable agregación de individuos.⁴

En un mundo concreto donde suceden este tipo de relaciones, obligatoriamente se presentan problemas ambientales, unos más perceptibles y más inmediatos que otros; unos aterradoramente presentes y otros aterradoramente lejanos. Pero lo verdaderamente cierto es que existen, y lo verdaderamente lamentable es que en la mayoría de los casos no nos

damos cuenta y peor aún si nos damos cuenta no le prestamos atención. Así, diariamente nos enteramos de la reducción de las fuentes hídricas aprovechables en el planeta, pero qué importa, aún obtenemos el agua fresca todos los días de nuestros grifos⁵; de los procesos de degradación del recurso suelo, pero aún nos permite cultivar los alimentos y da el soporte sólido para caminar; de la contaminación del aire aunque aún podamos respirar; de los grandes riesgos que ocasiona la disposición de residuos sólidos, pero poco importa si el camión del aseo pasa puntualmente frente a nuestras casas; de la extinción de la fauna y de la flora, de los conflictos sociales asociados a la distribución inequitativa de los recursos económicos.

Todos estos problemas actuales y concretos exigen nuestro compromiso, el compromiso de todos: entidades públicas y privadas, organismos gubernamentales y no gubernamentales, empresas productivas y de servicios, instituciones promotoras y educativas, productores y consumidores. Se requieren además técnicas administrativas contemporáneas uti-

1 Un ecosistema transformado empieza a dar señales al sistema cultural, cuando las modificaciones inducidas por la cultura empiezan a traspasar ciertos límites de posibilidades. Ello significa que el sistema cultural tiene que cambiar y si no cambia debe desaparecer.

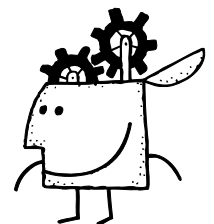
2 Diosa griega de la venganza y la justicia distributiva.

3 SANCHEZ S. Inés, ESGUERRA Jorge Enrique y otros. Perfil Ambiental de Colombia. Universidad de Manizales. 1997.

4 El concepto mismo de sociedad tiene su origen en la formación de la ciudad, sede física de la “civis” (civilización), sede física de la “polis” (el origen de la política).

La “civis” y la “polis” hicieron posible la sociedad, ese paso del grupo tribal a la articulación organizada y solidaria.

5 Es lamentable pensar que como seres humanos «civilizados» creemos que el agua es «un recurso de la pared», el agua sale de la pared, de ahí para atrás poco importa.



lizadas por grupos de trabajo interdisciplinario tendientes a buscar verdaderas respuestas positivas a los conflictos presentados.

De esta manera, la problemática ambiental va mas allá de un conjunto de recursos naturales y su deterioro a causa del hombre. Hoy día la mayoría de los hombres nos desenvolvemos en asentamientos urbanos de tal manera que nuestro entorno se convierte en una amalgama de estructuras y relaciones - en la mayoría de los casos invisibles-, entre las manifestaciones culturales (la academia, la política, la tecnología, la economía), el sistema natural y su oferta de recursos. Así para entender y mejorar las dinámicas ambientales, sus problemáticas deben ser contempladas con una visión holística que permita analizar diferentes alternativas y eliminar la resistencia al cambio.

Esta nueva visión debe estar enmarcada en una redefinición del desarrollo, que se caracterice por centrarse en la gestión de los recursos, con una visión de resolución de problemas a largo plazo compro-

metida con el futuro de las generaciones venideras, con aprovechamiento de las ventajas comparativas y competitivas, generadas al articular las variables económicas, sociales, culturales, tecnológicas y ecológicas en la búsqueda del bienestar y sobre la base de valores éticos y morales, que contemplen además del crecimiento económico y productivo, el bienestar de la población en el presente y en un futuro. Porque como dice Ramón Folch frente al desarrollo *“La Tierra va a sobrevivir a todos los desastres,*

lo que puede suceder es que desaparezca una especie entre otras a la cual estamos profundamente aficionados, el ser humano”.

Para hablar de desarrollo miremos un poco atrás cuando en 1960 se comienza por la “confianza ciega” en el crecimiento. Nacían la *Frontera económica*, la *Alianza para el Progreso*, la *Revolución Verde*. Se iba a producir alimentos para todo el mundo, y la pobreza y el hambre serían eliminados.

En realidad, en ese momento - y aún ahora - pudo haber alimentos para todos, pero entonces ¿cuál era y dónde estaba el problema?



En algún momento se empezó a pensar que se tenía que pasar de crecimiento a desarrollo. Pero hace su aparición el Club de Roma diciendo: “Atención con el desarrollo, es preferible el desarrollo cero”. Y desde una perspectiva internacional, desde el centro y no desde la periferia se decide luchar por el desarrollo cero: parar el desarrollo.

Esta decisión para los países del llamado Tercer Mundo era insoportable, si se hubiera parado el desarrollo en ese momento, habría países de América Latina, de Africa, de Asia, que no tendríamos un retroproyector, o no hubiéramos podido enfrentar ninguna endemia.

Hoy sabemos que no es volviendo al buen salvaje rousseaniano que podemos arreglar las cosas. Hoy escuchamos a los más notables ecologistas, ambientalistas y biólogos del mundo, reconociendo que si bien es el hombre el que ha provocado muchos de estos males, con un estilo de desarrollo equivocado, también es el único que los puede arreglar.

A partir de los años setenta se empieza a incorporar la variable ambiental en las estrategias administrativas y de desarrollo industrial; años después durante la cumbre que tuvo lugar en Río de Janeiro en el año de 1992, las

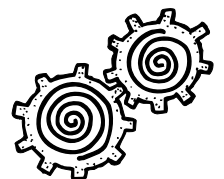
naciones participantes adquieren compromisos para redireccionar sus políticas de crecimiento y comprometerse con un verdadero cambio de modelo de desarrollo, es decir, llevar a cabo en la práctica, la unión de ambiente y desarrollo, centrado en el concepto del Desarrollo Sustentable, el cual se consigue sólo mediante: La interrelación armoniosa entre cuatro capitales: «el capital humano, el capital natural, el capital cívico institucional y el capital artificial colectivo (infraestructura vial, comunicaciones, etc.)»⁶. Diez años más tarde en Johannesburgo, se evalúan los cambios a la luz de este modelo de desarrollo, pero que de igual manera a los esfuerzos anteriores sin arrojar resultados muy positivos.

Es por ello, por los resultados poco alentadores que las grandes potencias dan a estos problemas, que cada vez toma mas fuerza actuar desde lo local, desde lo pequeño, tal vez como decía E.F. Schumacher “que lo pequeño sea hermoso”, o mejor, como complementa Ramón Folch en el título de su libro “Que lo hermoso sea poderoso”⁷.

El desarrollo sustentable es la toma de conciencia de que solamente comprendiendo las relaciones ambientales y organizándolas en el caos, podemos hacer que esta complejísima sociedad en que esta-

6 FONSECA, Carlos, Seminario Desarrollo Humano Sustentable. UTP: 1997. pag. 1 y 2.

7 FOLCH, Ramón. “Que lo hermoso sea poderoso”, Editorial Alta Fulla, 1990, Barcelona, España.



mos inmersos, esta complejísima realidad planetaria pueda sobrevivir.

Pero aquí se da un llamado de atención: En un mundo que cambia inevitablemente y que no se puede paralizar ni volver atrás, no sólo se debe pensar en términos de desarrollo sustentable, sino también en términos que involucren la sustentabilidad del desarrollo, la cual depende sobre todo de la adaptación cultural al cambio. Habría que hablar, más bien, de la adaptación a los cambios sucesivos e intrínsecamente imprevisibles, y de la disponibilidad de las comunidades para enfrentar esos cambios en forma específica y sin renunciar a sus raíces, tomando fuerzas de ellas para adaptarse mejor. Esta es la base de la diversificación de las culturas y de los modelos de desarrollo; es la base para construir nuestro propio futuro.

Evidentemente, adaptarse no significa la aceptación pasiva y de una manera casi fatalista de las fuerzas que vienen del exterior. La adaptación es un acto voluntario, que implica principalmente el dominio y la modulación de las fuerzas del cambio.

La inserción en la modernidad de las innovaciones sobre culturas que mantienen su especificidad y vitalidad, como también la defensa y la valorización de su propia identidad, pero con el respeto, la curiosidad, la apertura y la interacción con la cul-

tura de los otros, son las condiciones para acrecentar las diversidades del mundo y para enfrentar así el desafío del desarrollo sustentable en la sociedad global de la información.

No obstante, estos nuevos enfoques, estas nuevas formas de interpretar las interrelaciones sistémicas del hombre en el planeta, necesitan la generación de formas de pensamiento y la construcción de una nueva racionalidad, lo cual requiere de equipos de trabajo para la educación, la investigación y la formación para el desarrollo sustentable del nuevo profesional, del empresario, del productor, caracterizados por una actitud social responsable y comprometida con el medio ambiente y la vida misma.

Esta nueva dimensión del desarrollo debe ser asumida en los planes de estudio como tema transversal en las diferentes disciplinas y profesiones y debe ser implementada dentro de la actividad académica de una manera dinámica de acuerdo con los esquemas actuales del conocimiento.

Las universidades deben entender que el desarrollo sustentable es una responsabilidad con la nación y de las naciones; que la protección del ecosistema mundial es un tema de formación estratégico y fundamental en el profesional de hoy y del futuro; que la educación ambiental



modifica y encauza comportamientos, estimula la cooperación social, promueve la participación comunitaria, ayuda a encontrar sentido a la vida, alienta la responsabilidad individual y colectiva de los ciudadanos.

Formar profesionales con capacidad de entender y aplicar el concepto de la sustentabilidad será fuente de ventajas comparativas y competitivas que los diferenciarán, los potenciarán y los proyectarán en el ámbito nacional e internacional. Será una oportunidad de progreso profesional y empresarial, donde la producción de bienes y servicios sea econó-

micamente rentable, tecnológicamente factible, culturalmente responsable, ecológicamente favorable, socialmente conveniente y humanamente digna.

Estos planteamientos iniciales nos llevan a un primer acuerdo solidario, un acuerdo social, cultural y un diálogo con el ecosistema. Es así, como la propuesta con la cual se espera una profunda reflexión colectiva, es pasar del pensamiento de un ambiente “fijo” que hay que proteger, a la acción concreta de la consolidación de una cultura ambiental que nos involucre a todos.

BIBLIOGRAFÍA

CARRIZOSA Umaña, Julio. ¿Qué es ambientalismo?. Centro de estudios de la realidad colombiana. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Bogotá. 2001.

ERICKSON, Jon. Un mundo en desequilibrio. Serie McGraw Hill de divulgación científica. Bogotá. 1998.

FOLCH, Ramón. “Que lo hermoso sea poderoso”, Editorial Alta Fulla. Barcelona, España. 1990.

FONSECA, Carlos. Seminario Desarrollo Humano Sustentable. Universidad Tecnológica de Pereira. 1997.

SANCHEZ S. Inés, ESGUERRA Jorge Enrique y otros. Perfil Ambiental de Colombia. Universidad de Manizales. 1997.

